

RESEÑA DE LIBRO

NOCHES BLANCAS

(FIÓDOR DOSTOIEVSKI, 1848)



¿Qué tan largo debe ser el amor para considerarlo real? ¿Qué tan efímero debe volverse el dolor para permitirnos perdonar? ¿Acaso la soledad necesita disfrazarse de sueños para que nazca una ilusión tan intensa que, en tan solo cuatro noches, pueda vivirse un amor tan puro y profundo como la propia soledad?

En las calles de San Petersburgo seguimos al soñador —un narrador sin nombre—, un joven que ama con una inocencia casi cegadora, que se entrega a la vida, al dolor. Ese joven que siente cómo su corazón late cuando conoce a Nástenka y se permite unir su soledad a la de ella, pues son dos almas tímidas, heridas, que necesitan el afecto que la vida les ha negado hasta ese momento. Sin embargo, la misma vida —tan silenciosa, tan cruel— no siempre concede lo que la noche

promete: Nástenka guarda su propio destino, y el soñador, su propia herida.

Y aunque iluminaron el camino del otro por un instante, comprenderán que el amor no basta para quedarse. Hay historias tan eternas y reales que están destinadas a durar solo cuatro noches.

Fiódor Dostoievski (Moscú, 1821-San Petersburgo, 1881), el gran autor ruso, con la novela *Noches blancas* (1848) nos recuerda que el enamorarnos de la soledad de una persona puede romper la nuestra y que el amor no necesita ser eterno para ser real, ya que hay afectos que solo existen en la provisionalidad de un sueño. Así, cuando amanece, lo único que queda es el eco de lo que fue, pues hay almas que —lamentablemente— se encuentran demasiado tarde, pero a tiempo.



Cuenca, 1997. Es licenciada en Ciencias de la Educación Básica con itinerario en Lengua y Literatura por la Universidad Nacional de Educación (UNAE). Posee un diplomado en Análisis y Detección de Necesidades Educativas Especiales de la Fundación PEREA. Actualmente cursa el posgrado en Lectura y Escritura en la UNAE y forma parte del grupo de investigación EDUSUR.